

Biblioteca Hispania

Tomo IV

Miguel de San Román

FLOR de VIDA

Prólogo de JOSE RODAO



CAPRICERO Hs.—Imp.
VALLADOLID



DG
COM

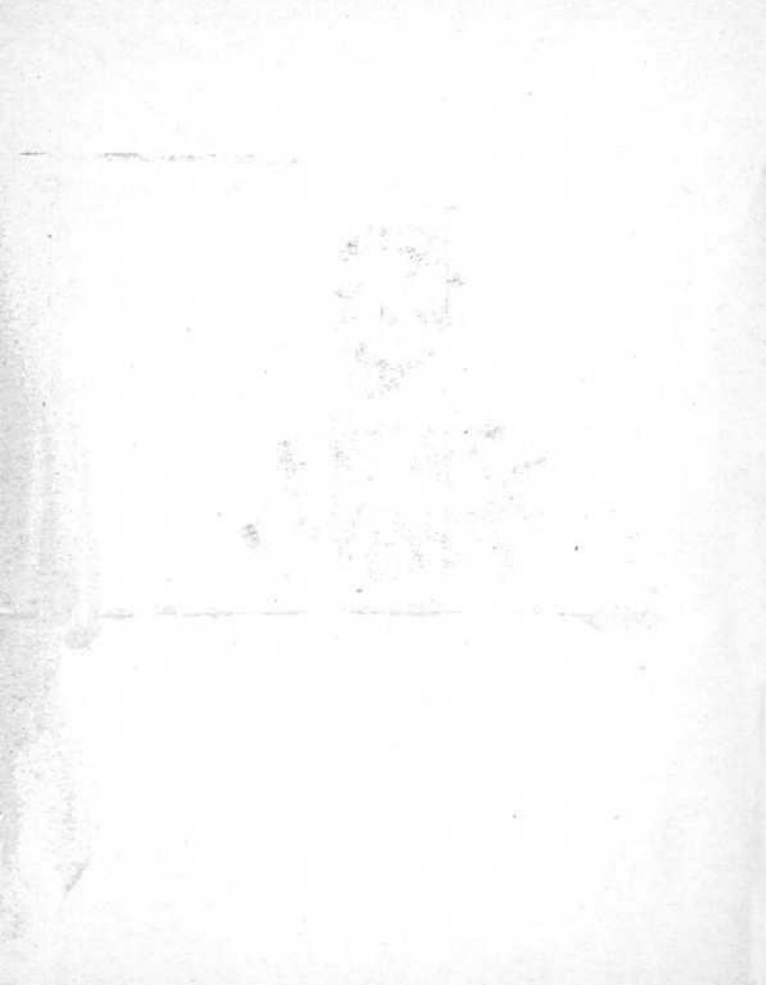
Miguel de ✦ ✦
✦ ✦ San Román

Flor ✦
de Vida



IMP. CARNICERO.
UNIVERSIDAD, 5.
VALLADOLID.

+. 1119380



CL-1 40€







Retazo bibliográfico

Después de leer las hermosas composiciones que contiene este libro, aun habrá quien se atreva á asegurar que Miguel de San Román es un poeta romántico y seriote, de los de la buena cepa.

Y en lo de la buena cepa no andará desacertado quien así discurra, pero en cuanto á lo del romanticismo, se equivoca, porque Miguel de San Román resulta un humorista de cuerpo entero y solo cómo uno de los más originales rasgos de humorismo puede considerarse el capricho de encargarme á mí, coplero cómico—aunque me esté mal el decirlo y mucho peor el no serlo de verdad—un prólogo para un libro en el que se derrocha un lirismo encantador y en el que hay

églogas y hasta composiciones místicas, nada menos.

Meterme yo á juzgar versos en los que se habla de Dios y de Santa Teresa, es—¡Dios y Santa Teresa me lo perdonen!—un solemne atrevimiento, tan grande como la equivocación de San Román, al encomendarme un introito para FLOR DE VIDA.

Esto es como encargar una misa de requiem, ó una marcha fúnebre, al que no sabe tocar más que la pandereta y las castañuelas.

Pero, en fin, allá voy yo con mi pandereta y ¡quiera el cielo que no me la zumben!, en el sentido crítico de la palabra, los que no sepan disculpar el alarde de vanidad que supone el meterme á llevar de la mano, por el escabroso campo literario, á un novel poeta, cuando yo no he acertado todavía á soltar los andadores...

Miguel de San Román es ante todo y sobre todo, un artista de la frase; un poeta de la forma.

Maneja con natural elegancia y soltura el ritmo y el consonante; es sobrio en las descripciones y sabe, cuando se lo propone, ser colorista,

sin abusar del color y, sobre todo, sin echar nunca mano de esa métrica con la que pretenden deslumbrar y romper moldes algunos poetas, cuando no envuelve más novedad, ni otro mérito, que el de encerrar en una línea quilométrica, interminable, que necesita muchas palabras de relleno, lo que otros, revelando mejor gusto, en mi opinión, distribuyen en tres ó cuatro versos, proporcionando al lector más ocasiones para tomar aliento.

El autor de FLOR DE VIDA no quiere meterse á innovador y, sin necesidad de pasar de las once sílabas—que ofrecen ancho campo para decir todo lo que se quiera—describe con esta encantadora sencillez:

«El aldeano

rodeó con su brazo la cintura
de la doncella y estrechó su mano
besándola en la frente, con dulzura
que la hizo estremecer. Las azucenas
de su rostro, volviéronse amapolas.
En tanto, rumorosas y serenas,
iban la margen á besar las olas,
salpicando de espuma las arenas.»

Pinta la plácida escena de un hogar humilde y, sin frases rebuscadas, ni colgajos y abalorios poéticos, escribe con simpática llaneza:

«Tapizadas de estampas de colores
las paredes, más limpias que el armiño;
en sencillas labores
una mujer humilde trabajando;
en una jaula un pájaro cantando
y en una cuna dormidito un niño.»

Parece que el autor dice las cosas como las ha dicho todo el mundo y ahí está, precisamente, la difícil facilidad tan perseguida por los poetas y que constituye uno de los más salientes méritos de este libro.

Hablando de la impura cortesana, que apuró hasta las heces la copa del placer, expresa su pensamiento de este modo:

«Allí viviendo en crapuloso ruido
ve, con rostro abatido,
sus joyas rotas, sus marchitas galas...
¡mariposa sin alas,
abeja sin panal, ave sin nido!»

Son también hermosos, dentro de su sencillez, estos versos en los que habla de una niña muerta:

«La caja, muy sencilla,
es azul, y de trecho en trecho brilla
como en el blanco vaporoso velo
una dorada estrella,
porque para enterrar á una doncella,
debe la caja parecerse al cielo.»

A veces, como en Camino de la fuente, tiene Miguel de San Román aproximaciones á Salvador Rueda; llega en otras á la brillantez de frase de Manuel Reina—quien, seguramente, no hubiera vacilado un momento en firmar los sonetos El vals é Ideal—; se acerca, en Mirando al cielo, al sentimentalismo de Balart y sabe impregnar, como el inolvidable Gabriel y Galán, alguna de sus composiciones, de cierto mundano misticismo, y perdonen ustedes si, al verse juntas, están dándose de cachetes las dos palabras.

Miguel de San Román, joven y con el alma abierta á todas las impresiones y á todos los entusiasmos, siente la influencia de sus poetas pre-

dilectos y acaso, recordando al autor de La vida inquieta, describió así su tipo ideal:

«Azul de cielo en sus divinos ojos;
 dulzor de mieles en sus labios rojos;
 en su aliento, suavísimos efluvios;
 sartas de azahar en su perfil gallardo,
 y una guirnalda de laurel y nardo
 flotando airosa en sus cabellos rubios.»

Como, quizás, después de deleitarse con los versos del autor de Campesinas y de Castellanas, escribió en La hora del descanso, alargando aquí la métrica, pero sin salirse de madre:

«Allí resaltan—como colores de iris inmenso—
 blancas las nubes, azul el cielo, gris el terruño;
 enrojecidas las amapolas;
 las viñas, verdes; los trigos, rubios.»

Claro es que todas esas influencias engendran en muchos momentos vacilaciones en el autor de FLOR DE VIDA quien, seguramente, no ha de tardar en encauzar estilo y tendencias, adquiriendo personal relieve y declarándose independiente, ya que todavía no puede asegurarse que su libro sea su fisiología espiritual.

Rinde Miguel de San Román, justamente laureado en distintos certámenes, más culto á la forma que á la idea y si, á la belleza de la frase, correspondiera siempre en sus composiciones la valentía del concepto, limpiando su estilo de superlativos que como en suavísimos efluvios y en vivísimo reflejo, etc. quitan fluidez y vigor al verso, tendría ya conquistado el autor de FLOR DE VIDA el puesto preferente á que habrá de llegar muy pronto... y que para mí quisiera.

Yo podría ir barajando los nombres de Rollinat, Baudelaire, Verlaine, Leopardi, Gautier, Heine, Lamartine, Manzoni, Schiller y otros más á quienes—como muchos que pasan por distinguidos literatos y que citan con frecuencia á esos autores—solo conozco de oídas, dudando hasta como se escriben algunos de ellos; pero creo que no hace falta para dejar lisa, llana y brevemente, sin filosofías ni garambainas, consignada mi impresión, saludando la llegada de un buen poeta, que sabe escuchar como pocos el ritmo musical de la naturaleza; que describe con facilidad,

corrección y elegancia; que confía y espera y que siente y cree.

Oidle:

«¡Qué aliento tan sublime, cuánto consuelo encuentra el alma triste mirando al cielo!»

.....

«Todo, Señor, lo llenas con tu gloria,
 porque es universal tu poderío...
 No te apartes jamás de mi memoria,
 ¡Llena también mi corazón, Dios mío!»

Hay que aplaudir también en San Román el desinterés—rayano en abnegación y en heroísmo—de publicar en estos tiempos de abulia para todo lo que no sea negocio y mercantilismo (ya lo dijo Sinesio Delgado: ¡La vara de medir rompió la lira!) un libro de versos, que no ha de venderse—porque no se venden estas cosas—ni ha de merecer más de cuatro líneas en los periódicos de gran circulación, porque los llamados rotativos necesitan todo el papel para relatar el crimen del día y para consignar lo que dice cualquiera de esos políticos, que no suelen decir nada, después de todo.

Mejor que gastarse el dinero en editar FLOR DE VIDA, hubiera hecho Miguel de San Román en comprarse un buen gabán de pieles—en el supuesto de que no le tenga—para el invierno, ó en marcharse á los baños de Carratraca, ponga por balneario; pero por eso mismo es más de agradecer su desinteresada resolución de publicar un libro de buenos versos, que sería casi intachable... si el autor se hubiera decidido á prescindir de este Retazo bibliográfico, que no puede aspirar á la categoría de prólogo.

Ante ese desinterés y esa abnegación, repito, he de felicitar con más entusiasmo á Miguel de San Román, por la aparición de FLOR DE VIDA, libro que por lo que ha de acrecentar en poco tiempo los laureles literarios del autor, podría llamarse flor de la maravilla y que será, para el inmenso montón de los que no compran un libro, aunque los aspen, ni le leen, aunque se los regalen, una especie de flor de malva.

José Rodao

Segovia-julio-1906.

LIRICAS



EL REINADO DE LA BELLEZA

*Poesía premiada con Men-
ción especial en los Juegos
florales de Sevilla, 1906.*

El Arte dióme su luz fecunda
que los abismos del alma inunda
de vivo lampo,
y al punto víme
dentro del campo
de lo sublime.

Y allí admiré planteles
de acacias florecidas
en mágicos verjeles,
y guirnaldas tejidas
de adelfas y laureles.
¡Son amores

del artista
esas flores
que conquista!

A tí, Belleza, Reina del Arte,
en mis estrofas quiero cantarte;
dame tus alas, Musa celeste,
y vuela en ellas mi fantasía;
que tu mirada vigor me preste,
que tu voz dulce me dé armonía,
que me cobije tu blanca veste
con sus ropajes de Poesía,
para que en verso
vibrante y terso
—ritmo pletórico de gentileza—
cante el reinado de la Belleza,
¡la soberana del Universo!

—
¡Belleza en todo! Yo gocé viéndola
en los colores de la oropéndola,
entre el ramaje
de espesa zarza;
en el plumaje
de agreste garza;
en la alondra que sola

sobre un yerbajo oculto
su cántiga tremola;
en la soberbia cola
del pavo real estulto;
en los ríos
de anchos cauces
y sombríos
verdes sauces

donde el jilguero lanza sus píos;
en los aullantes lobos bravíos
de ojos sangrientos y negras fauces;
en los ariscos armiños blancos,
en las cigüeñas, en los lavancos,
en los breñales
de los barrancos

donde entre peñas y matorrales
los cocodrilos cavan sus grutas;
en las lustrosas pieles hirsutas
de los leones y los chacales;
en las rastreras sierpes astutas.
en las altivas águilas reales.

—
La ví en los montes de agudas crestas,
en las campiñas, en las florestas,

en las alturas
que el sol colora,
en las alburas
de alegre aurora.....
Mas no gocé bastante
y en mi pecho anhelante
sentí un afán inmenso,
un vacío inquietante...
¡sed de un placer intenso!...
En la bella
lontananza
ví una estrella
de esperanza,
y al fin, gallarda como una diosa,
en mi camino te encontré un día,
mujer hermosa
del alma mía,
y la Belleza que perseguía
surgió solemne y esplendorosa;
que son tus ojos zafiros regios;
tus labios, cáliz de la ambrosía;
tu beso, amores; tu voz, arpegios;
tu risa, ritmo de melodía;
mármol, tu busto; tu talle, palma....

¡que tú llenaste, mujer del alma,
aquel vacío que yo sentía!

Bajo las cejas—celestes arcos—
¡qué bien resaltan tus ojos zarcos,
como jirones
de un mar remoto,
como botones
de flor de loto!

Tu boca purpurina
como sangre rojea,
—rubor de coralina,
panal de miel hiblea,
zumo de vid ciprina,
labios gules,
carmesíes,
que tú pules
cuando ríes—;

junto á esa boca—todá rubíes—
se transparentan venas azules,
y hechas tus manos son alhelíes
y tus cabellos trigos garzules,
gualdas mazorcas, rayos de astro,
lluvia de oro, sol que abriganta
el alabastro

de tu garganta.
Huella de flores deja tu planta,
surges brillando como una joya,
gracia de ninfa, candor de arcángel,
como una esbelta maja de Goya;
como un querube de Miguel Angel.

—
Así en mi alma yo te contemplo
y en ella erijo para tí un templo;
así enardeces
mi fé de artista
cuando apareces
ante mi vista,
que el radiante destello
de tus pupilas turba:
así en tu busto bello
veo la grácil curva
de tu mórbido cuello,
donde envueltas
caen las ondas
de tus sueltas
trenzas blondas,
y en tí fijando miradas hondas
veo las puras líneas esbeltas

de tus divinas formas redondas;
 ¡formas gentiles
 y juveniles
que son la gracia de tu hermosura!
De estatua helénica son los perfiles
de tus contornos, de tu cintura,
como los trazos de una figura
que los artistas con sus buriles
graban y esculpen en los troqueles;
como las líneas de una escultura
que en mármol labran con sus cinceles.

—
Y escucho el eco de tu voz suave,
susurro de hojas, trinar de ave,
 voz que suspira,
 voz de misterio,
 como una lira,
 como un salterio;
guzla de son morisco,
flauta de son serrano,
que en el abrupto risco
tañe el pastor ufano,
camino del aprisco,
 voz divina,

melodiosa,
cristalina,
temblorosa,
como aleteo de golondrina,
como zumbido de mariposa,
como murmurio del aura fina
cuando columpia tallos de rosa;
cantar de amores, música grata,
como la fuente
que se dilata;
como el sonido con que se siente
rodar al valle la catarata;
como una cítara, como un luciente
collar de perlas, que se desata
tintineando, sobre la plata
de una bandeja resplandeciente.

—
Tu amor me diste—casto y honrado—
y desde entonces ¡cuánto he gozado
con las delicias
subyugadoras
de las caricias
con que enamoras!
Llenaste aquel vacío;

por eso satisfechos
laten llenos de brío
dentro de nuestros pechos
tu corazón y el mío,
donde vibra
palpitante
la honda fibra
del amante.

¡Es un tesoro tu amor! ¡Por eso
bebo, mirándote con embeleso,
la luz intensa de tu pupila
y la sabrosa miel que destila
tu boca roja cuando da un beso!

Porque el encanto
que tú posees, al cual yo rindo
mi pobre canto,
no te lo presta tu rostro lindo
ni te lo infunde tu gentileza,
ni tu voz —trino de rruiseñores—
¡Tienes el cetro de la Belleza
porque eres Reina de mis amores!



EL ZÚNEL

Formidable, soberbio, audaz, vertiginoso,
con fuerzas de gigante y alientos de coloso
por la garganta estrecha se arrastra el largo tren,
y corre golpeando las piezas de su herraje,
cual bestia desbocada, sin freno ni rendaje,
la entraña conmoviendo del alto terraplén.

La densa bocanada del humo ennegrecido
elévase flotante, y un lento resoplido
los ámbitos escala del mundo sideral;
asciende el vapor cálido y en el azul se ensancha,
marcando en los escorzos de su extendida mancha
la este!a del progreso magnífico y triunfal.

Y cruza el tren senderos abiertos en las peñas
dejando atrás abismos ocultos por las breñas,
y eriales infecundos y campos sin verdor;
avanza al pié de montes de peñascosa cumbre
y vierte entre las ruedas relámpagos de lumbre
que arrojan centelleos de cárdeno fulgor.

De pronto ante su paso la altura se presenta
de un túnel, que desgarrá la mole corpulenta
de la resquebrajada montaña desigual,
y entra por la abertura de la escarpada roca,
cual si un horrible monstruo de tremebanda boca
tragara á una ferrada serpiente colosal.

El tren retarda entonces su marcha bajo el cerro,
trepidán resonantes sus músculos de hierro,
respira con impulso monótono y febril,
y arrastra fatigosa la máquina potente
la fila de carruajes, que ruedan lentamente
hundiendo con su peso la línea del rail.

Tal vez allí un poeta que sueña con la gloria
y anhela que le rinda sus páginas la Historia,
medita silencioso con exaltado afán;

siente rozar sus sienes las alas de una Musa
y advierte entre la sombra fantástica y confusa
un trono coronado por hojas de arrayán.

Acaso algún amante que trémulo suspira
deja volar su idea, y amedrentado mira
del subterráneo frío la densa lóbreguez,
y en el amor pensando de la mujer que adora
le finge la penumbra que extiéndese incolora
un arrogante busto de espléndida esbeltez.

Quizás en el obscuro recinto de algún coche,
que cubre en pleno día la sombra de la noche,
cobarde y receloso se esconde un criminal,
y allí su alma se agita con ruda violencia,
y siente más solemne la voz de su conciencia,
como eco estremecido de música fatal.

.....

Sale el tren, remedando quimérica culebra,
serpea por las rocas en que un raudal se quiebra,
su paso se agiganta, resopla con vigor,
avanza entre breñales y piérdese á lo lejos,
desparramando el humo, que esparce sus reflejos
al rayo deslumbrante de un sol abrasador.



MIRANDO AL CIELO

(ÍNTIMA)

Cuando tiende la noche su obscuro velo
y esmaltan las estrellas el alto cielo;
cuando cesa el tumulto, reina la calma
y en sueños de tristeza se abisma el alma,
contemplando el espacio paso las horas
y en mí bullen ideas conmovedoras,
recuerdos de alegrías que ya pasaron,
de ilusiones que en vida se marchitaron
y siento que se ensancha mi pensamiento
al mirar lo grandioso del firmamento.

Y viendo las estrellas que en las alturas
bordan fosforescencias sobre negruras
y lucen de los mundos en el misterio,
como los fuegos fatuos de un cementerio,

á mis ojos acuden nubes de llanto...
¡Ay! Allí está la madre que amaba tanto!
¡Todavía en mi frente conservo impreso
con indeleble huella su último beso!

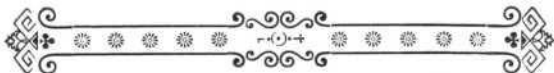
—
Madre del alma mía, sér de mi esencia,
tú que fuiste el encanto de mi existencia,
tú que vida, cariño y honra me diste,
mírame desde el cielo, que estoy muy triste,
y sólo encuentra alivio mi alma angustiada
en la dulce ternura de tu mirada!
¡No me abandones nunca, madre querida,
y hasta que se termine mi inquieta vida,
mientras aquí suspiro por tu memoria,
sigue siendo mi madre desde la gloria!

—
Así exclamo mil veces con amor puro
cuando tiende la noche su velo obscuro,
y entre el negro ropaje del firmamento
que á lo infinito exalta mi pensamiento,
en la luz que despide la luna bella,
en el fulgor confuso de cada estrella,
creo ver á mi madre que, sonriente,
de besos ideales cubre mi frente

y me dice: «¡No llores, yo te bendigo
y si la fé te guía, vendrás conmigo!»

—
Cuando encubren las sombras !a altura inmensa
y en recuerdos y amores el alma piensa,
¡qué aliento tan sublime, cuánto consuelo
encuentra el alma triste mirando al cielo!





EL SOL

Es la fuente productora de la luz viva y suprema
que los campos fertiliza de la mísera comarca;
que hace un rayo de una flecha y un espejo de una charca
y en los surcos agrietados las espigas dora y quema.

Es la estrofa deslumbrante de un magnífico poema,
es un canto de armonía cuyo ritmo el mundo abarca
y parece la silueta luminosa de un monarca
con un casco todo chispas y un incendio por diadema.

En los ámbitos azules de las cóncavas alturas
á raudales desparrama sus soberbias vestiduras,
cuyos hilos se destejen en diluvio de destellos;

y si alguna nube blanca con su velo cubre al astro
se asemejan sus contornos á una Venus de alabastro
que en su túnica de diosa recogiera sus cabellos.



HOJA DE UN ALBUM

¡Venga la virgen Musa de los poetas,
coronada de azules lirios triunfales,
y que sean mis versos las violetas
ocultas en la pompa de los rosales!

Tenéis para el hispano fecundo suelo
—que inundáis en fragancia de poesía—
en los ojos fulgores de vuestro cielo
y en los labios claveles de Andalucía.

Difundís en lo triste de nuestras calles
un perfume de flores de primavera,
y es la intachable euritmia de vuestros talles
la gentil elegancia de la palmera.
Dejáis á vuestro paso huella de brisas,
ponéis en las sonrisas dulzor de caña...

¡Bien hayan los primores de esas sonrisas
que me parecen besos que dáis á España!

Cuando sobre las teclas movéis las manos
como cuatro palomas inmaculadas
y resuenan los cantos americanos
como un rumor de risas entrelazadas;
cuando vuestra voz dúctil—que ya suspira
ó ya, firme y gallarda, vibra y tremola—
deja escuchar el ritmo de una guajira
ó el son de una valiente copla española,
fluyen vuestros acentos encantadores,
claros, suaves, brillantes ó adormecidos,
como si una bandada de ruiseñores
revolase cantando junto á sus nidos.

Yo rindo á lo divino culto ferviente;
por eso me cautiva vuestra hermosura
y ante vuestros hechizos doblo mi frente
y exclamo al contemplaros: *¡Guayaba pura!*

Mirándose en vosotras, mi Musa ibérica
en belleza se inspira y en luz se baña...
¡Gracias á vuestros ojos, el sol de América
alumbra todavía tierra de España!

MISTICAS



¡DIOS!

Humíllome, Señor, en tu presencia,
para los hombres insondable arcano,
en el fondo al sentir de mi conciencia
el eco de tu acento soberano.

Me estremezco de amor y de ternura
cuando con fé mi corazón te nombra,
y oigo tus pasos en la noche oscura
y en la nube sutil veo tu sombra.

Al creador impulso de tu idea
brotó el germen prolífico y fecundo;
dijo tu voluntad:—«¡El mundo sea!»—
y del caos informe surgió el mundo.

Los astros dibujaron claras huellas
por el espacio inmenso, y con su lampo
el cielo brillantaron las estrellas,
como flores de lis en azul campo.

Viendo la creación con embeleso,
aun quisiste que fuera más hermosa,
y el amor, luz del alma, nació al beso
que imprimiste en el polen de una rosa.

Ante tu majestad, es sombra vaga
cuanto el poder del mundo nos denota:
el sol es una chispa que se apaga,
el mar, un arroyuelo que se agota.

La gigante montaña, cuyas breñas
enmarañan espinos y zarzales,
que eleva audaz sus escarpadas peñas,
como indicando el cielo á los mortales;

el roble añoso de robusta rama
que alza soberbio su pesado tronco,
erguido siempre, cuando el cierzo brama
de selva en selva, formidable y ronco;

la voz majestuosa del torrente
que de los altos riscos se derrumba
y á lo lejos resuena tristemente,
como el eco salido de una tumba,

son nada más misérrima figura
de tu poder celeste, excelso y sumo...
¿Qué será, pues, la humana criatura,
más que tierra, ceniza, polvo y humo?

—«De aquí no pasarás»... al mar dijiste
señalando en la arena leve raya;
y desde que aquel límite pusiste
nunca pasan las olas de la playa.

Y aunque retumbe el huracán ignoto
y el mar se encrespe con furor salvaje,
y el casco de los buques cruja roto
al golpe pertinaz del oleaje,

se deshace en espuma la onda hirviente
y en la costa se estrella encadenada;
que Tú contienes su impulsión potente
con un rayo de amor de tu mirada.

Tu nombre ¡oh Dios! repite el eco vago
que en raudos giros por el bosque rueda;
tu nombre ensalza el ondulante lago
y el ruiseñor que canta en la arboleda.

Tú das su aliento á la nocturna brisa,
á las auras de abril su ledo aroma,
á la irisada aurora su sonrisa
y su arrullo doliente á la paloma.

Al agua prestas sus murmurios suaves,
y vistes los jardines de colores,
y matizas las alas de las aves
y engalanas las hojas de las flores...

¡Oh! ¡Quién habrá, Señor, que no te tema!
El trueno imita tu divino acento,
y es el sol un florón de tu diadema
y un jirón de tu manto el firmamento.

Detrás del cortinaje de las nubes
vislúmbrase el contorno de tu sombra,
y las alas de célicos querubens
son de tu trono la dorada alfombra...

Todo, Señor, lo llenas con tu gloria,
porque es universal tu poderío...
No te apartes jamás de mi memoria,
¡llena también mi corazón, Dios mío!





AMOR DIVINO

(A Santa Teresa de Jesús)

*—Poesía premiada en los Juegos
florales celebrados en Salamanca
el 2 de Octubre de 1905.*

Lema: **Solo Dios basta.**

¿Qué son las glorias de la vida humana,
sino ilusión liviana
que se trueca en amargas realidades?
Y ¿qué son más que tierra las riquezas,
y polvo las grandezas,
y «todo vanidad de vanidades»?

Por eso tú dejaste los honores
y los falsos amores
que sigue el mundo en loco desatino,

y del claustro en las celdas solitarias
gozaste en tus plegarias
la dulcedumbre del amor divino.

—
Gozaste, recreándote en los cielos,
los sublimes consuelos
que Dios vierte en el alma que le adora,
como una lluvia plácida y fecunda
que el espíritu inunda
en rociadas de perpetua aurora.

—
En humilde oración, de amor deshecho
se inflamaba tu pecho,
y postrada ante el Dios de los altares
repetías el cántico inspirado
con que llama á su Amado
la Esposa del Cantar de los Cantares.

—
Blanca paloma que hasta el mismo cielo
levanta el raudo vuelo,
en sus arrullos al Señor invoca,
y buscando sin treguas al que ama
en su salmodia exclama:
«¡Béseme con el beso de su boca!»

¡Quiero unirme á mi Esposo! En El encuentro
el luminoso centro
de un deseo sin fin y sin medida;
quiero sumirme en el inmenso abismo
del Amor de Dios mismo...
¡Quiero unirme á mi Dios! ¡Dios es mi vida!

¡El alma vive en Dios! ¡Qué dulce calma
en su unión siente el alma
y cómo en sus coloquios se embelesa!
¡Con qué místico amor por El suspira
y con qué fe le mira
y cómo goza cuando Dios la besa!

«Sentéme bajo el árbol de la Vida»,
á la sombra extendida
de su copa, que al cielo se levanta;
en medio de la sombra protectora
la paz del Señor mora:
«su fruto es dulce para mi garganta».

Gustó mi paladar el fruto sano
del divino Manzano
regado con la sangre del Cordero;

el jugo que á las almas vigoriza,
savia que fertiliza
la senda de la Vida que yo espero.

«Mi Rey dióme á libar vino que sacia:»
el néctar de su gracia,
el de sus vides zumo de ambrosía...
«Dadme manzanas», ricas en olores,
«sostenedme con flores,
que desmaya de amor el alma mía!»

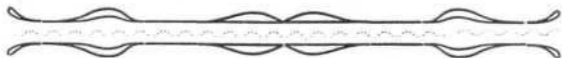
¡Extasis del amor! ¡Deliquio suave!
El alma ya no cabe
en la carcel corpórea que la oprime
y va á un refugio que en su vuelo ha visto:
¡al costado de Cristo
donde brota la sangre que redime!

Allí fuiste á beber los celestiales
sacrosantos raudales
que fluyen de la llaga del Mesías.
Allí se iluminó tu pensamiento,
¡allí surgió el aliento
que tu mano guió cuando escribías!

Brilla en tu frente, mística Doctora,
la huella salvadora
que Dios deja en el alma cuando besa;
ósculo que á El te unió, como en el lazo
de un entrañable abrazo:
«¡Teresa es de Jesús... Él de Teresa!»

—
¡Dios vive en tí! Yo su fulgor percibo
en el destello vivo
de tu mirada transparente y casta.
¡Feliz la virgen que á su Esposo unida
vive la eterna vida!
¡Feliz quien tiene á Dios! ¡Solo Dios basta!





LA HORA NONA

Sus brazos amorosos tiende la Cruz divina,
cuya silueta surge sobre el obscuro ambiente,
en la riscosa cumbre de la montaña ingente
que el resplandor del rayo flamígero ilumina.

Volando hacia el Calvario pasa una golondrina,
aproxímase al rostro del Redentor muriente,
y de aquella corona que traspasa su frente
arranca con el pico una sangrienta espina.

El trueno vibra y rueda por el cóncavo hueco
del escarpado monte, mezclándose á su eco
el tumulto del fiero populacho judío.

Y el ruido dominando de la turba blasfema,
una voz, impregnada de majestad suprema,
repite moribunda: «¡Perdónalos, Dios mío!»

SONETOS



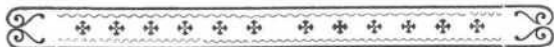
EL VALS

Caen las notas en trémula cascada
de sonidos, arpegios y rumores,
y ruedan entre ritmos vibradores
como explosión de intensa carcajada.

Resurge ardiente la pasión callada
ante el cuadro de luces y colores
y es cada risa un hálito de flores
y un beso de placer cada mirada.

Al son de la brillante melodía
estalla en convulsiones la alegría,
tiende el Amor su misterioso lazo,

y en alas de un deliquio que enajena
junta dos cuerpos con floral cadena
y une dos almas en perpetuo abrazo.



EL BAÑO DE LA SULTANA

(Oriental)

Recostada en tapices de Basora,
entre perlas de Ofir, sirgos y chales,
junto al baño de esencias orientales
sin *yasmach* ni alquicel está Medora.

Una esclava á los pies de su señora
despójala de joyas y cendales,
dejando ver las líneas magistrales
de una estatua en que vive sangremora.

Con el vapor de arábigo pebete
y el *narghilet* de Persia, el gabinete
de fragancias y aromas se perfuma.

Y húndese la beldad bajo la linfa
y semeja su cuerpo el de una ninfa
nadando en lago de sutil espuma.



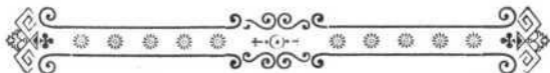
IDEAL

En el sueño de gloria que me inquieta
y acaricia mis horas de amargura,
ante mí emerge una gentil figura
que habla á mi corazón con voz secreta.

Luce al surgir la virginal silueta
níveo busto de espléndida escultura
y es la línea que marca su cintura
como en su mente la forjó el poeta.

Azul de cielo en sus divinos ojos,
dulzor de mieles en sus labios rojos,
en su aliento, suavísimos efluvios;

sartas de azahar en su perfil gallardo,
y una guirnalda de laurel y nardo
flotando airosa en sus cabellos rubios.



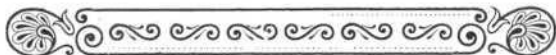
Noche de luna

En las aguas verdosas de aquel río,
una estrella rielaba suavemente,
y en la margen, mirando la corriente,
tú estabas á mi lado, dueño mío.

Impelida de ardiente desvarío
acercaste tus labios á mi frente
y sentí un dulce perfumado ambiente
como olorosa ráfaga de estío.

La luna, oculta tras grisáceo velo,
rasgó las nubes y brilló en el cielo
con luz repleta de insondable calma.

Y advertí, al verla resurgir tranquila,
un reflejo de gloria en tu pupila
y un aliento de amor dentro del alma.



Ante el espejo

Refléjanse con rayos de hermosura
en el espejo reluciente y bello
la curva grácil de tu blanco cuello
y la esbeltez de tu gentil figura

Y retrata el cristal en su tersura
tu boca, tus mejillas, tu cabello,
mas se oscurece al seductor destello
que en tu mirada divinal fulgura.

También es un espejo tu pupila,
lleno de luz espléndida y tranquila,
bañada de vivísimo reflejo;

¡Quién pudiera, con alma enamorada
tener siempre la vista embelesada
en el fondo brillante de ese espejo!



OJOS VERDES

La luz de tus pupilas, glaucas y hermosas,
vibra como dos ritmos de amor triunfante
que resaltan y lucen en tu semblante
como dos esmeraldas sobre dos rosas

Como al tender sus alas dos mariposas,
tus párpados ocultan la luz brillante,
y al abrirlos parece surgir flotante
el sueño de dos ninfas voluptuosas.

Traslúcida y ligera como una gasa,
tu imagen aparece, relumbra y pasa
circundada de nimbos y de fulgores;

y cuando en la impalpable sombra te pierdes,
fulgen en las tinieblas tus ojos verdes
como las esperanzas de dos amores.

EGLOGAS



Camino de la fuente

Junto al río, en el verdor de la ribera,
 forma el suelo una hondonada que ensombrece una chopera
 y allí brota entre juncuales abundoso manantial:

una fuente que en arroyos se desata,
 más brillante que la plata,
 que resuena en los contornos con rumor de catarata
 y resbala por las guijas con reflejos de cristal.

En los amplios verdinegros robledales
 donde pastan los rebaños, se oyen cantos de zagales
 que la brisa vespertina va extendiendo en derredor;
 de las faldas peñascosas de los cerros
 llegan sonos de cencerros
 y el balar de las ovejas y el ladrido de los perros,
 resaltando la tonada montesina del pastor.

Por dos bueyes mansurrone arrastrada
atraviesa una carreta la angostura blanqueada
con que rompe los maizales un camino vecinal,
y á lo lejos, entre ráfagas perdido
vibra el áspero chirrido
de las ruedas rechinantes al rodar con bronco ruido,
que en las ramas repercute del breñoso carrascal.

Cortejando alegremente con los mozos,
entre ingenuas risotadas y sencillos alborozos
ó entonando el canturreo de una copla popular,
del crepúsculo á la luz que amarillea
las muchachas de la aldea
van camino de la fuente, que en las piedras chapotea,
con el cántaro de barro, por la linde de un pinar.

Un perfume, sano olor de brisas frescas,
llega en soplos saludables á las lomas pintorescas,
y á las cumbres coronadas de purpúreo tornasol,
y á la margen que humedece el ancho río,
y á la tierra del baldío,
y al barbecho que apelmazan los rigores del estío
y á las fértiles llanuras calcinadas por el sol.

Con el cántaro en el brazo, una zagala
va seguida de un cordero que á su lado trisca y bala
caminando por la senda que conduce al manantial;
es más linda que un manojo de azucenas,
y muy joven, pues apenas
quince mayos han orlado con sus ráfagas serenas
la blanca sonrosada de su frente virginal.

A ella nunca le cantaron los pastores
las tonadas montaraces de sus rústicos amores,
ni ha escuchado todavía los acentos del querer;
y por eso va tan sola, tan mohina,
la doncella campesina,
y se queda contemplando la aridez de una colina
que se esfuma en los celajes del solemne atardecer.

Y en el ruido susurrante de las frondas,
y en el río que remueve los espejos de sus ondas,
y en el lento amortiguarse de la luz crepuscular,
y en los brotes de la planta que se agita
ve la moza jovencita
una vida fecundante, que se extiende y que palpita
y que crece en un impulso poderoso como el mar.

Y se fija con envidia en los retozos
de las mozas que festejan en la vega con los mozos
entre charlas que respiran alegría pastoril
y desea que en cantares seductores
un zagal le diga amores
y que al ir hacia los chopos la cortejen los pastores
ensalzando con lisonjas su belleza juvenil.

Estas cosas va pensando la zagala
y acaricia al corderillo que á su lado trisca y bala,
caminando por la linde que conduce al manantial;
á la fuente que en arroyos se desata,
más brillante que la plata,
que resuena en los contornos con rumor de catarata
y resbala por las guijas con reflejos de cristal.





La hora del descanso

La quietud reina sobre los campos de la planicie,
deja el labriego su cotidiano trabajo rudo,
y dos mujeres por los rastros de los trigales
van espigando, doblado el cuerpo sobre los surcos.
La quietud reina. Todo descansa. Callan las aves.
Junto á los trillos duermen las mulas, uncido el yugo.
La parva cubre con áurea alfombra toda la era.
Se hace el silencio--grave y solemne--sobre los mundos.
Allí resaltan—como colores de iris inmenso—
blancas las nubes, azul el cielo, gris el terruño;
 enrojecidas las amapolas;
 las viñas, verdes; los trigos, rubios.
 Se oye el zumbido de la cigarra
 que mosconeas su canto agudo,
mientras el grillo roza y sacude sus pardos élitros

y el ritmo lanza de su monólogo, pesado y brusco.
Cuadros de huerta bordan la falda de una colina
fertilizados por la caricia de un sol fecundo;
el jaramago trepa en la broza de los bardales
y en la corteza de los chaparros se enrosca el musgo.
En la rojiza tierra sedienta de los majuelos
la vid pomposa luce racimos medio maduros;
las verdes ramas de los perales y las higueras
dóblanse al peso del sazonado sabroso fruto.

Bordeando el césped de una alameda
un riachuelo nace entre juncos
y por su angosto cauce, orillado de yerba mustia,
tranquilo y lento, sin rumor casi, se arrastra turbio...

Se escucha el canto de los labriegos
que entonan coplas de amores puros
viendo á lo lejos las chimeneas de sus hogares
y encima de ellas largos penachos de blanco humo.
La calma impera. Callan las aves aletargadas.
Crece el bochorno. Duermen las mulas, uncido el yugo;
todo descansa.....

Y en tanto siguen las dos mujeres
por la pardusca llanura fértil de los terruños,
buscando espigas en los rastrojos,
doblado el cuerpo sobre los surcos...

EL POEMA

DEL BESO



El poema del beso

Son los besos extrañas mariposas
lindas y primorosas,
de sugestiva gracia peregrina,
cuyo aleteo suave
es caricia de amor, arrullo de ave,
música cristalina.

Son los besos en labios tembladores
por la pasión suprema,
burbujas estallantes de colores,
trinos de ruiseñores,
estrofas de un magnífico poema:
¡el poema de todos los amores!

I. La desposada

~~~~~

Cerca del mar, junto á ríscosa peña,  
extienden verde palio de follaje  
álamos gigantescos,  
y á través de lo espeso del ramaje  
una aldea costeña  
destaca sus escorzos pintorescos.

En aquella arboleda ensombrecida  
habla la desposada con su esposo;  
piensan los dos en un hogar dichoso,  
todo es amor para ellos en la vida.

¡Cuántas veces á solas  
miraron las montañas de las olas  
y veían la esperanza en los matices  
verdosos del aguaje  
y soñaban contentos y felices  
oyendo el ruido con que el mar resuena  
al dejar cintas de escarchado encaje  
—franjitas de espuma— en la sutil arena!

Ella era una aldeana  
alta, garrida, más que la manzana

fresca y sabrosa, de un querer sincero  
que valía un tesoro;  
y él era un pescador, un marinero  
de faz de bronce y corazón de oro.

Escuchaban, confuso, el vocerío,  
de los mozos que al lado de un otero  
bailando en la floresta  
celebraban la boda. Hasta el plantío  
iba un rumor de campesina fiesta.

Miraban el celaje que envolvía  
—cárdeno y opalino—al sol muriente,  
que ya en el seno de la mar se hundía  
con resplandor de incendio refulgente,  
y escuchaban, como eco de un arrullo,  
el sonoro murmullo  
de la linfa marina. El aldeano  
rodeó con su brazo la cintura  
de la doncella, y estrechó su mano  
besándola en la frente con dulzura  
que la hizo estremecer. Las azucenas  
de su rostro, volviéronse amapolas.  
En tanto, rumorosas y serenas  
iban la margen á besar las olas,  
salpicando de espuma las arenas.

Al abrazar el joven á su amada,  
el racimo de azahares que en su pecho  
puso la desposada,  
desgranóse y cual breve granizada  
por la hierba rodó, lacio y deshecho...

## II. El niño

---

Es una habitación de quinto piso.  
Parece que Dios quiso  
poner allí la luz y la alegría;  
luz y alegría de perpetua fiesta  
que vive siempre en el hogar sagrado,  
en la mansión de la mujer honesta,  
en la morada del obrero honrado.

Tapizadas de estampas de colores  
las paredes, más limpias que el armiño;  
en sencillas labores  
una mujer humilde trabajando,  
en una jaula un pájaro cantando  
y en una cuna dormidito un niño.  
Y en la abierta ventana,  
donde el radiante sol de la mañana

hace olvidar riquezas y palacios,  
un ligero frescor de brisa sana  
y un trozo del azul de los espacios.  
¡Era el más delicioso paraíso  
aquella habitación de quinto piso!

Se oye un reloj sonar. Es mediodía  
y del trabajo el albañil regresa.  
En su semblante expresa  
la paz y la alegría,  
y, mirando á su esposa, queda fijo,  
bendiciendo su hogar y su fortuna  
en el rostro risueño de su hijo:  
un ángel reclinado en una cuna.

Es blanca como el nardo y transparente  
su delicada frente;  
castaños sus cabellos ondulados,  
sonrosada su tez; sus labios, rojos;  
sólo el color se ignora de sus ojos,  
pues los tiene velados,  
mientras en auras de quietud reposa,  
por dos ovaes pétalos de rosa.

Va el padre á despertarle con un beso,  
porque quiere escuchar con embeleso  
su voz graciosa, de argentino timbre;

se acerca... En un transporte de cariño  
mueve la cuna de tejido mimbre,  
y al movimiento, se despierta el niño.

Y sus párpados tiemblan suavemente  
como alevillas al alzar el vuelo;  
dirige luego al cielo  
sus miradas tranquilas  
y el cielo, sonriente,  
se refleja en la luz de sus pupilas.

Le besa el padre, ansioso y placentero  
con ternura infinita,  
y la cal de la blusa del obrero  
junto á aquella boquita  
más dulce que la miel de los panales,  
deja una mancha blanquecina y leve:  
¡como un copo de nieve  
junto á dos arracadas de corales!

### III. La monja

~~~~~

Encerrada en la celda solitaria,
rezando una plegaria
y en el Señor su pensamiento fijo,

extática, arrobada, silenciosa
la joven religiosa
está postrada al pié del Crucifijo.

Es de noche. La luna transparente
brilla en un cielo gris. Por los cristales
de angostos ventanales
su luz penetra, borra la penumbra,
á la virgen alumbra
y en sus ojos negrísimos destella;
luz nacarada y bella,
luz bañada en albados resplandores,
indecisa, incolora,
luz de otoñal aurora,
cristalizada en cálices de flores.

Tras una nube en la celeste altura
huye la luna, clara y argentada,
y la celda se queda muy oscura
y la monja prosigue arrodillada.
Cuando vivía fuera del convento,
siendo niña inocente, quiso á un hombre.
¡Quién sabe si su nombre
agita el exaltado pensamiento!
Y él fingió un amoroso sentimiento
y ella creyó sus frases sugestivas...

¡Palabras que pasaron fugitivas,
como las nubes que deshace el viento!

Aprendió á amar, luchando en los vaivenes
de las pasiones, y logró la palma:
¡la espina del dolor punzó su alma,
la corona del triunfo orló sus sienes!

Y, sedienta de amor, en el de Cristo
se refugió con fe—¡paloma herida!—
y halló un raudal inagotable, inmenso,
más grato que el perfume del incienso,
más hondo que el misterio de la vida.

Por eso allí con ánimo tranquilo,
vive dichosa en el austero asilo,
entre el murmullo de devotas preces;
siente su pensamiento iluminado
y con místico amor besa mil veces
las plantas de Jesús Crucificado...

...Rasgó la luna el nublado velo
que la ocultaba y en el claustro obscuro
un rayo resurgió, que bañó el muro
en una tibia claridad de cielo.

A su luz, llena de infinita calma
á la virgen se ve, puesta de hinojos:
¡un corazón luciendo en unos ojos,

y en unos labios palpitando un alma!
Y como perla limpia y transparente
junto á sus ojos muy abiertos, brilla
una lágrima ardiente
que resbala en su pálida mejilla...

IV. La cortesana

~~~~~

Llena el salón, desde la roja alfombra  
hasta el techo dorado,  
una atmósfera gris, aire de sombra,  
como una nube que girara en torno,  
como un ambiente cálido y pesado,  
repleto de vapores de bochorno.

Amanece. A través de los ropajes  
de un cortinón de encajes,  
pasan las luces del albor del día  
y se irisan, vibrando temblorosas,  
en copas de cristal, aun espumosas  
con el licor de la nocturna orgía.

Recostado su busto de escultura  
en un diván de adornos marfileños,  
en lasciva postura

que hace pensar en lánguidos ensueños,  
y reclinada su cabeza linda  
sobre un cojín de terciopelo grana  
la impura cortesana  
con mil deleites á su amante brinda,  
apurando en sensuales embriagueces  
la copa del placer, hasta las heces.

Allí viviendo en crapuloso ruido  
ve con rostro abatido  
sus joyas rotas, sus marchitas galas...  
¡mariposa sin alas,  
abeja sin panal, ave sin nido!

Allí luce sus formas juveniles  
de incitantes perfiles,  
caprichosa, indolente,  
fingiendo halagos y vendiendo amores,  
erguido el seno mórbido y turgente  
y desnudos los brazos tentadores.

Y destrenzando su cabello rubio  
impregnado de aromas penetrantes;  
arrojando en las sillas un diluvio  
de horquillas y peinetas de diamantes,  
sedas tornasoladas y joyantes,  
pulseras áureas y deshechos lazos,

levanta su cabeza, y con delicia  
estrechando al amante entre sus brazos  
en frívola caricia,  
que es al amor del alma torpe injuria,  
deja en sus labios luego  
el beso abrasador de la lujuria  
que huele á clavel mustio y sabe á fuego.

## V. La muerta



Blanca corona con primor tejida  
ciñe las sienes de la niña muerta.  
Era la niña muy hermosa en vida,  
duerme sueño eterno, y en él dormida  
casi está más bonita que despierta.

Estrellitas doradas  
del velo esmaltan los plegados tules,  
y dos cintas azules  
forman sobre el vestido dos lazadas.

La caja, muy sencilla,  
es azul, y de trecho en trecho brilla,  
como en el blanco vaporoso velo,  
una dorada estrella,

porque para enterrar á una doncella,  
debe la caja parecerse al cielo.

Apenas quince abriles  
dieron formas gentiles  
á la joven modesta y recatada;  
y de las hachas al opaco brillo  
parecía una virgen arrancada  
de un admirable lienzo de Murillo.  
Resaltaba su cara  
con la blancura mate de la cera  
y blanca su mortaja también era:  
¡aquel traje de raso que estrenara  
para tomar la Comunión primera!

Ya en el jardín jugando distraída,  
miraba entre la fronda del cercado  
la rama verde donde el mirlo anida;  
y la hirió de la muerte el soplo helado  
cuando en su sangre resurgió la vida.  
Quizá el Amor, ante su frente pálida  
llegó vertiendo nácares y rosas  
—lluvia fecunda—en atrayente vuelo,  
y ella, hasta entonces virginal crisálida,  
al nacerle las alas vagarosas  
se fué tras el Amor, volando al cielo,

¡No se cansa la madre de llorarla!  
¡Ya no se oye su charla,  
aquella voz de indefinible encanto!  
¡Ya su cantar la casa no alboroz!  
¡Ya llega la carroza  
donde van á llevarla al Camposanto!

En la iglesia cercana  
meláncolica tañe una campana  
que también llora por la niña muerta:  
¡aquella flor temprana,  
más hermosa dormida que despierta!

La madre, en dolorosa despedida,  
va al lado del cadáver á postrarse,  
y queriendo infundirle aliento y vida  
deja en su frente con amor inmenso  
un beso largo, palpitante, intenso...  
¡estallido de un alma al desgarrarse!

## VI. La enamorada

~~~~~

En medio del *untorio*, una escultura
del dios Mercurio, cincelada en mármol,
se alza en un pedestal. Allí el artista

reprodujo las formas y facciones del gran Petronio. Una mujer contempla con ardientes miradas de embeleso la figura del Hermes, y sonríe; viste túnica blanca, y en los pliegues con líneas magistrales se modela su estatuario perfil; los hombros niveos muestran, desnudos, su belleza clásica; tiene su piel rosácea, alabastrina, del ámbar la tersura; más fulgores hay en sus ojos de zafiro claro que en las gemas del «árbitro» de Roma.

Es Eunice, la esclava predilecta, la esbelta griega de cabellos de oro, aromados de esencias orientales, de néctar de verbenas. Un encanto posee sugestivo, irresistible, cual si oprimiera su arrogante cuerpo el mágico cintillo de Afrodita.

Y la hermosa *vestíplíce* allí cuenta las tristes horas de su vida estéril en negra esclavitud... ¡Víctima infausta de una barbarie de pasados siglos! Pero tiene la esclava el alma libre,

libre como las aves y los vientos,
y de esa libertad al noble impulso
nació en ella el amor. ¡Amor que rompe
las viles ligaduras de la sierva
y vuela en la región de lo infinito.
Adora á su señor, como Diana
quiso á Endimión desde la azul altura
cuando el pastor dormía... ¡Amor idólatra
primer latido con que el pecho vibra,
primer sonrisa con que el alma sueña!

Por eso acerca al pedestal de jaspe
un taburete de marfil y ébano
y sube en él. Su cabellera blonda
relumbra como un sol sobre la túnica.
La griega alza los brazos y con ellos
enlaza la escultura de Petronio,
besándola en el cuello, enamorada,
hasta templar, al roce de sus labios,
la piedra fría de la estatua egregia.

A ella abrazada en actitud de diosa
la esclava rubia, forma un grupo digno
de ser labrado en mármoles de Paros
por el docto cincel de Praxiteles.

VII. La Musa

¡Poesía, deidad inspiradora,
Musa gentil, que luces la guirnalda
de mirto y rosas en la sien virgínea!
¡Ven, ven á mí; que vea yo la línea
de tu perfil, gallarda y brilladora,
en medio de una nube de esmeralda!

¡Baja de tus olímpicos verjeles,
tráeme tu lira, dame tus laureles,
único sueño de mi vida inquieta!
¡Deja tu labio en mi semblante impreso!
¡Ven á sellar con tu fecundo beso
la frente soñadora del poeta!



INDICE

	<u>Págs.</u>
Retazo bibliográfico.....	3
LIRICAS	
El reinado de la Belleza.....	15
El túnel.....	25
Mirando al cielo.....	29
El sol	33
Hoja de un album.....	35
MISTICAS	
Dios	39
Amor divino.....	45
La hora nona.....	51
SONETOS	
El Vals.....	55
El baño de la sultana.....	56
Ideal	57
Noche de luna	58
Ante el espejo.....	59
Ojos verdes.....	60
EGLOGAS	
Camino de la fuente.	63
La hora del descanso.....	67
EL POEMA DEL BESO.....	71

↻ **Biblioteca Hispania** ↻

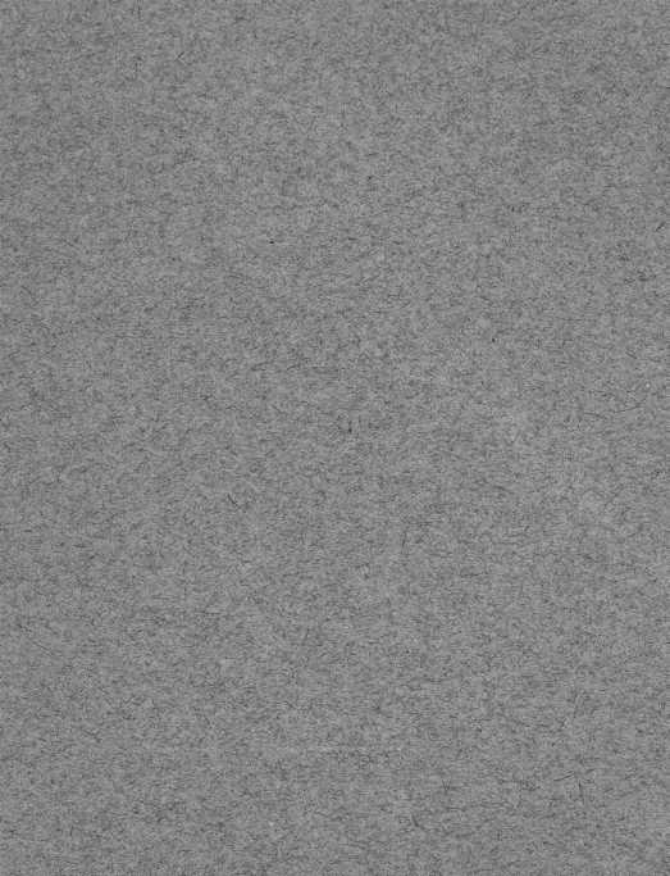


OBRAS PUBLICADAS:

- IRIS** por Zacarías Ilera Medina.
INQUIETUDES por Pedro Mourlane Michelena.
LA CASA DE LOS LINAJES por Francisco de Cossío.
FLOR DE VIDA por Miguel de San Román.

EN PRENSA:

- EL MENTIDERO** por Vicente Marín Garrido.
SENSACIONES por A. Torre Ruiz.
AMOROSAS por Benjamín Amador.
POR LA EUROPA PINTORESCA (Impresiones de viaje) por Justo González Garrido.
LA CANCIÓN DE LAS SOMBRAS por José María Onís y Sánchez.
RISAS Y SUSPIROS por Juan Sánchez Mata.
COPOS DE NIEVE (poesías) por José Samaniego L. de Cegama.
LATIDOS (poesías) por Antonio Reglero Soto.
AMAPOLAS (poesías) por Zacarías Ilera Medina.
ARTE NUEVO (estudios críticos) por Pedro Mourlane Michelena.
¡PCHS!.. (poesías) por Tomás G. Perrín.
EFÍMERAS (crónicas) por Miguel de San Román.



Precio 0,50 Pesetas